

## TEMA 28 IFC

### LA RESPUESTA DEL HOMBRE A DIOS

#### La obediencia de la fe (CCE 144-149)

Entramos en el comentario del capítulo tercero de la primera parte del Catecismo, que lleva por título: La Respuesta del hombre a Dios. Si Dios habla al hombre para invitarle a una comunión de vida, se supone que espera una respuesta. Cuando el hombre acepta la invitación, comienza el camino de la fe. Y, como todo camino, también la fe tiene sus etapas:

La primera es escuchar, la segunda es aceptar lo que se escucha, y la tercera es vivir conforme a lo que se ha aceptado. El Catecismo en el número 144 nos recuerda la relación que existe entre el término “obedecer” y el verbo “oír”. “Obedecer” en latín es un término compuesto de un prefijo “ob” y un verbo “audire”, del que proviene nuestro “oír” castellano. Esta relación es la que permite hablar de la “obediencia en la fe” como el acto por el cual el que cree no hace otra cosa que someterse libremente a la palabra escuchada.

Es, pues, la escucha de lo que Dios nos dice lo que nos lleva a creer y, una vez, que hemos creído a actuar en consecuencia. Para que esta cuestión de la obediencia de la fe no se quede en complicadas reflexiones teóricas, el Catecismo nos propone los dos ejemplos más sobresalientes de la historia de la salvación: Abrahán y María.

Del primero, Abrahán, el padre de todos los creyentes, se subraya cómo, al escuchar la invitación de Dios que le llamaba a salir de su tierra, de entre sus parientes y de la casa paterna, inmediatamente partió, como le había dicho el Señor. La fe en Dios, que le había hecho la promesa de bendecirle y de hacerle famoso, fue la que le sostuvo mientras vivió como extranjero en la tierra a la que el Señor le condujo, y que nunca poseyó del todo. Y, cuando sus días y sus años comenzaban a ser muchos, y empezaba a pensar que, si no le nacía pronto un hijo, le heredaría uno de sus criados, creyó a la palabra de Dios, que le anunciaba una descendencia incontable como las estrellas del cielo. Esta fe es la que nos permite hablar de Abrahán como el hombre verdaderamente justo, pues “justo” es aquél que vive de la fe, y eso es lo que le sucedió a Abrahán. La fe en Dios fue la roca sobre la que cimentó su vida. Tanto es así que no dudó en ofrecer a su hijo, su único hijo, al que quería, pues creyó incluso que Dios sería capaz hasta de resucitar un muerto.

Junto con la fe de Abrahán, la Escritura nos habla de una numerosa legión de hombres y mujeres que creyeron en Dios y en su promesa, y no quedaron defraudados. Todos ellos son un estímulo constante en el camino de la fe para nosotros, a quienes ahora se nos propone vivir igualmente de la fe, o sea, de la Palabra que nos ha sido anunciada.

Sin embargo, a quien llamamos “La Creyente” por excelencia es a María. En ella es en quien se realiza de la manera más perfecta la obediencia de la fe. María creyó que “Nada era imposible para Dios”, y por eso dio crédito a lo que le anunciaba el Ángel de que, con la fuerza del Espíritu Santo, concebiría y daría a luz un hijo sin concurso de varón. Y también que el niño que nacería de sus entrañas iba a ser Hijo de Dios. Lo que su pariente

Isabel le dijo, cuando María fue a visitarla tras la visita del Ángel, es lo que repite una y otra vez la Iglesia: “Dichosa tú que has creído”. Ella misma lo había proclamado en el himno del Magnificat: “Dichosa me llamarán todas las generaciones”.

Dichosa fue gracias a su fe, vivida en medio de la vida cotidiana, desde Belén, donde nació el niño, hasta Jerusalén, donde le vio morir en una cruz. Dichosa mientras vivió con su Hijo en el hogar de Nazaret, y dichosa mientras lo seguía cuando Jesús hablaba y enseñaba a la gente los secretos del Reino de Dios. La fe siempre la acompañó, nunca le abandonó. Y esa dicha de María es la que Jesús prometió a todos los que, como ella, escuchan la Palabra de Dios y la ponen por obra.

La fe como acto de adhesión personal del hombre al Dios, que es Padre, Hijo y Espíritu Santo (CCE 150 152)

Cuando hablamos de la fe, por lo general, pensamos en un “credo”, es decir, en un conjunto de verdades o enunciados que han de ser aceptados como verdaderos. Y ciertamente es así. Pero, al igual que para creer lo que una persona nos cuenta, ayuda, y mucho, el que exista una actitud básica de confianza hacia esa persona, del mismo modo, para creer lo que Dios nos dice de sí mismo, de su voluntad y de su designio sobre el hombre, es necesario confiar en Él, creer en Él.

Es más, el Catecismo en el número 150 nos dice que se trata de dos momentos de un mismo acto; dos momentos que se han de dar inseparablemente: adhesión personal a Dios y asentimiento libre a toda la verdad que Dios ha revelado. Podríamos decir que creemos en Dios cuando, confiando en Él, aceptamos todo cuanto se nos dice y enseña en su nombre; y cuando creemos todo lo que se nos dice de Dios porque confiamos en Él y en su Palabra.

A continuación nos habla el Catecismo de la necesidad de creer en Jesucristo, el Hijo de Dios. Lo cual es lógico si pensamos que todo lo que Dios nos ha revelado, lo ha hecho por medio de su Hijo, su Palabra eterna. Y, como ya sabemos, al llegar la plenitud de los tiempos la Palabra se hizo carne en Jesucristo. Quien le ve a Él, ve al Padre; quien le escucha a Él, escucha al Padre que lo envió; quien le acoge a Él, acoge también al Padre, en cuyo nombre vino para cumplir su voluntad.

Por último se nos habla de la necesidad de creer en el Espíritu Santo. Se quiere dejar claro que la fe, sin duda, es una respuesta libre que el hombre da y ofrece al Dios que se revela, pero, para darla, el hombre necesita de una ayuda interior. Esa ayuda nos ha sido enviada desde el cielo por el Padre por medio de su Hijo, Jesucristo. Y el Espíritu Santo, que conoce hasta lo íntimo de Dios, ha sido derramado en el corazón de los creyentes para darles a conocer al Padre y al Hijo, y para que ese conocimiento llegue así a su plenitud.

Las características de la fe (CCE 153-165)

Entramos en el apartado que el Catecismo titula así: las características de la fe, y a lo largo de él, efectivamente, se nos va a hablar de los distintos aspectos que caracterizan el acto de fe.

- Virtud sobrenatural y acto humano

Nos recuerda el Catecismo que la fe es una virtud sobrenatural infundida por Dios en el hombre. Para explicarlo, se nos dice que el Espíritu Santo es quien mueve interiormente el corazón de los hombres y los dirige a Dios, abriéndoles así los ojos del espíritu para que acepten gustosamente y crean la verdad. Sin esta ayuda interior del Espíritu, al hombre le resultaría imposible el salto a la fe.

Pero la fe es igualmente un acto humano. El Espíritu Santo mueve interiormente a la persona, mas es la persona la que tiene que adherirse al Dios que se revela y la que tiene que aceptar también como verdadero lo que se le anuncia de parte de Dios. No se trata de ninguna imposición, sino de un acto libre.

El Catecismo en el número 154 se detiene a explicar con algún detalle este punto.

Compara el acto de fe con lo que sucede en las relaciones humanas. A nadie se le ocurriría decir que es contrario a la libertad y a la inteligencia del hombre creer lo que otras personas dicen sobre sí mismas y sobre sus intenciones, así como dar fe a sus promesas. De lo contrario, las relaciones humanas serían insostenibles y resultaría imposible convivir. Necesitamos creer en los demás y confiar en lo que nos dicen. De hecho, cualquier quiebra en la confianza entre las personas o los grupos hace que la convivencia se enrarezca, y, si no se recupera, llega un momento en que se hace insoportable. De lo cual tenemos muchos ejemplos en todos los ámbitos de la vida, tanto públicos como privados.

Este razonamiento lleva al Catecismo a afirmar que el hecho de que nos fiemos de Dios y creamos en lo que nos promete, ni va contra la libertad, ni tampoco es indigno de la condición humana; más bien cabría decir que crea las condiciones para poder vivir confiadamente y, en función de ello, podemos afirmar que la fe en realidad nos humaniza.

Termina este punto el Catecismo recordando algo que enseñaba santo Tomás de Aquino y que fue recogido posteriormente por la doctrina del Concilio Vaticano I: «Creer es un acto del entendimiento que asiente a la verdad divina por imperio de la voluntad movida por Dios mediante la gracia.» Lo que significa que el hombre, cuando conoce la verdad en cualquier orden de cosas, se somete a ella, la acepta gustosamente y actúa en consecuencia. Pues bien, en el orden de lo sobrenatural sucede del mismo modo, el hombre quiere y acepta la verdad que ha conocido; nadie le obliga, es él quien voluntariamente dice “creo”. Y, al hacerlo, reconoce que, sin embargo, le sería imposible dar el salto, si Dios, por medio de su Espíritu, no le asistiera interiormente. Esta ayuda divina es fundamental e imprescindible para el acto de fe; mas, no por ello, el acto de fe deja de ser un acto enteramente libre de la razón humana que asiente y se adhiere gustosamente a lo que reconoce como la Verdad revelada por Dios, que de ningún modo puede engañarnos.

- Fe e inteligencia

La siguiente cuestión que aborda el Catecismo dentro de este apartado de las características del acto de fe, es la de la relación entre fe e inteligencia. Cuestión teológica muy delicada, que fue abordada de forma sistemática en el Concilio Vaticano I

y que ha vuelto a ser tratada más recientemente en la Encíclica de Juan Pablo II *Fides et ratio*. A ninguno se nos escapa que se trata de un problema de gran actualidad. En estos cuatro números, del 156 al 159, encontramos tan sólo una apretada síntesis sobre los puntos más esenciales del debate.

— Lo primero que se nos dice es que creemos a causa de la autoridad de Dios mismo que se revela; y Dios ni puede engañarse ni engañarnos. Humanamente hablando, ya sabemos que para poder creer lo que una persona nos cuenta, tiene que merecernos un mínimo de confianza. Con Dios nos pasa igual. Antes de creer lo que nos dice es necesario que confiemos en Quién nos lo dice. A continuación, el Catecismo recuerda que Dios mismo nos auxilia tanto exterior como interiormente para que creamos lo que nos revela. Interiormente porque nos asiste con la luz del Espíritu Santo y exteriormente porque acompaña sus enseñanzas con signos que acreditan la verdad de lo que es revelado para la salvación del hombre. En concreto se refiere a los milagros de Cristo y de los santos; a las profecías, a la propagación y la santidad de la Iglesia, a su fecundidad y su estabilidad. Todos estos signos se convierten en motivos para creer. No obstante, el salto a la fe siempre requiere un acto de voluntad de cada individuo; por eso, aunque los signos sean iguales para todos, sin embargo, unos creen y otros no. Algunos, por más signos que vean no dan el salto, mientras que otros, como el discípulo amado, con muy poco se convencen y creen.

— En segundo lugar se nos dice que la fe es cierta, más cierta que todo conocimiento humano, porque se funda en la Palabra misma de Dios, que no puede mentir.

Esto es evidente para cualquier creyente: Quien da fe a la Escritura y a la Tradición y las acepta como Palabra revelada, en la que no cabe engaño, alcanza un nivel de certeza que ningún conocimiento de orden puramente racional, captado por la inteligencia puede generar. Para comprenderlo basta que nos fijemos en que por una verdad de orden racional pocos, por no decir nadie, estarían dispuestos a perder la vida; mientras que por una sola verdad de fe, cualquier creyente convencido está dispuesto a dar su vida (o, al menos, debería estarlo). De todos modos la postura del magisterio de la Iglesia en torno a esta cuestión, busca huir tanto del cientificismo como del fideísmo. Se huye del cientificismo porque evidentemente la fe no es demostrable según los criterios de la ciencia empírica; y del fideísmo porque la fe no puede convertirse en un acto irracional. Como decía san Anselmo, inspirándose en la doctrina de san Agustín, y como recuerda el Catecismo en el número 156, la fe trata de comprender.

El creyente, guiado por la luz de la fe, usa de la razón y del entendimiento, para conocer mejor a Dios (a quien cree) y también las verdades que Dios le revela de sí mismo y de su designio salvador. En esto vemos que se cumple lo que Jesús decía en el evangelio: A quien tiene se le dará. Y así es; a quien tiene fe y desde su fe desea comprender más a Dios, por la fe se abre a un conocimiento mayor de las realidades en que cree; lo cual, a su vez, acrecienta la esperanza y aviva el amor. Este crecimiento en la fe, no obstante, aunque facilitado por el deseo de conocer más y más lo revelado por Dios, se consigue gracias a la acción del Espíritu Santo, que es quien perfecciona constantemente la fe por medio de sus dones. Cristo mismo ya se lo advirtió a los

Apóstoles cuando les prometió que enviaría el Espíritu Santo: «Cuando venga el Espíritu de la verdad, Él os guiará hasta la verdad completa.» (Jn 16,13)

Desde estos presupuestos es desde donde cabe plantear la cuestión de la relación entre Fe y ciencia. Y el Catecismo, resumiendo lo mucho que el magisterio de la Iglesia ha dicho al respecto, nos recuerda que jamás deberá haber desacuerdo entre la una y la otra. ¿Por qué? Porque cuando Dios crea al hombre y le dota de razón, le hace, al mismo tiempo, capaz de conocer y comprender la verdad, así como de amarla y de seguirla. Y, evidentemente, cuando Dios se revela al hombre, no va a contradecir jamás aquella verdad que el hombre mismo es capaz de acoger con su sola razón. Se confía, pues, en las capacidades naturales del hombre para conocer y razonar, y por ello se afirma que ningún conocimiento realmente científico, alcanzado gracias al esfuerzo y al empleo de los métodos propios de cualquiera de las disciplinas del saber, puede estar en oposición con la fe.

La *Gaudium et spes* va todavía más lejos y afirma que siempre que el hombre se esfuerza con espíritu humilde y ánimo constante por escrutar lo escondido de las cosas, aun sin saberlo, está como guiado por la mano de Dios, que, sosteniendo todas las cosas, hace que sean lo que son.

Todas estas cuestiones son un poco densas, quizás demasiado, pero no conviene pasar fácilmente de largo ante ellas, pues revisten una especial importancia sobre todo en el momento presente. Nuestra cultura y civilización occidental es científico-técnica, y no nos lícito enrocarnos en nuestra fe, dándole la espalda a la razón (pues sería una actitud contraria a la voluntad de Dios) y tampoco podemos asumir los criterios científico-técnicos como un absoluto mayor que nuestra fe. La fe debe iluminar la comprensión que tenemos del mundo y de las cosas, sabiendo que para conocer e interpretar los misterios del mundo y de la naturaleza hemos de usar, como Dios quiere, de la inteligencia y de la razón. Dichas capacidades, también por voluntad de Dios, hemos de emplearlas para alcanzar una comprensión cada vez mayor de las verdades que nos han sido reveladas.

- La libertad de la fe

El Catecismo subraya que la fe es una respuesta voluntaria del hombre al Dios que se revela. Lo que significa que nadie puede ser coaccionado ni obligado a creer. El primero que respeta esa libertad del hombre es Dios mismo, tal y como demuestra el desarrollo de la historia de la salvación y, aún más, la vida pública de Jesús. En ningún momento Cristo quiso imponerse por la fuerza a los que le contradecían.

Este detalle que indica el Catecismo nos tiene que hacer pensar; pues, a veces, nos figuramos que la gente creería más si vieran más milagros o signos prodigiosos; si los predicadores fueran más convincentes en sus argumentos; si se vieran mejores ejemplos por parte de los creyentes, etc. Sin embargo, la fe no funciona como la química. En la química basta que se combinen los elementos en las proporciones y condiciones adecuadas, para que se produzcan las reacciones que esperamos; mas en la fe no es así como funcionan las cosas. Es verdad que los milagros, los signos, los buenos argumentos y el ejemplo de los creyentes, ayudan; entre otras razones, porque suscitan

interrogantes entre aquellos que los contemplan. Pero está claro que si un individuo no quiere dar el salto, nada se puede hacer.

Pensemos, si no, en cómo los contemporáneos de Jesús le vieron hacer unos milagros espectaculares, contemplaron unos signos nunca vistos anteriormente, le oyeron exponer unos argumentos más sabios incluso que los de Salomón; y fueron testigos de unos gestos de bondad y caridad tales que hasta incluso sus detractores quedaban admirados. Sin embargo, no sólo no creyeron en él, sino que hubo quienes le dieron la vuelta a todo lo que Jesús había hecho de bueno, y lo utilizaron en su contra para condenarle. Sus milagros, decían, los hacía con el poder de Satanás; sus signos eran inadmisibles porque no respetaban ni la ley, ni el sábado, ni lo sagrado del templo; sus argumentos, blasfemos porque, siendo hombre, se declaraba Dios; y su caridad y su cercanía para con los pobres, los enfermos y los pecadores, una forma de alborotar al pueblo y de apartarles del cumplimiento de la Ley y de las tradiciones.

Está claro que cada persona es un misterio y debemos respetar su conciencia, sin imponer nunca nada; hemos de aprender (y mucho) del estilo paciente y amoroso de Jesús, que para atraer a los hombres hacia sí, no dudó en dar la vida por ellos, renunciando a cualquier imposición violenta de la verdad que en nombre del Padre había venido a traer.

El hecho de que la fe sea una respuesta libre que cada cual debe dar en conciencia, no quita, sin embargo, para que se insista en la necesidad de la fe. La fe evidentemente es necesaria porque es la que nos abre la puerta de la salvación y la que nos permite serles gratos a Dios, Padre. No podemos olvidar que, por medio de la fe, se nos regala la condición de hijos de Dios; que, por la fe somos justificados y liberados de nuestros pecados; y que, gracias a la fe, podremos gozar para siempre de la presencia de Dios y de su amor, si es que perseveramos en la fe hasta el final de nuestros días. Y a esto último es a lo que nos invita especialmente el Catecismo: A perseverar en la fe hasta el final. Creer no es algo que se haga de una vez por todas. Son muchas las tentaciones y los peligros que pueden debilitar e incluso hacer que la fe se pierda. Por eso, en la medida que dependa de nosotros, es importante que cuidemos de un don tan inestimable.

¿Y cómo podemos cuidar la fe? Antes que nada, una advertencia, no pensemos que conservaremos mejor la fe si la ocultamos o la enterramos, como hizo aquel de la parábola de los talentos que tan solo recibió uno.

La fe se cuida y se conserva, primero, viviendo de ella, poniéndola en práctica, fiándonos de día en día de la Palabra de Dios, que se ha de convertir en el alimento cotidiano del creyente.

Segundo, mediante la oración constante, por la que pedimos al Señor que aumente nuestra fe.

Tercero, por medio del ejercicio de la caridad; porque la fe sin obras está muerta.

Cuarto, apoyándonos en la esperanza; pues, si esperamos de Dios el cumplimiento de sus promesas, la fe evidentemente crecerá.

Y, por último, enraizándonos en la fe de la Iglesia; pues es ella, la Iglesia, la que cree en primera persona y la que nos invita a creer a todos y a cada uno de nosotros. Además, la Iglesia, como madre y maestra de la fe, no deja de instruirnos para que nos afiancemos en ella más y más, hasta alcanzar la plenitud en Cristo.

- La fe, comienzo de la vida eterna

Si el título del epígrafe habla de comienzo, habrá que deducir que la fe no sólo sirve porque nos promete la vida eterna para cuando acabe esta vida presente y vayamos al cielo, sino porque la vida eterna tiene inicio ya en este mundo. Al creer que Dios existe, que es Padre, Hijo y Espíritu Santo, que todo lo creado por amor, y que nos llama a la comunión con Él, empezamos a gustar el gozo de tener un Padre, la posibilidad de relacionarnos con Él, y de saber que está cerca de nosotros y nosotros cerca de Él. Que se interesa por nosotros, que nos guía, que nos conduce y nos acompaña; y también que nos corrige cuando nos desviamos del camino, y que sale a nuestro encuentro cuando nos extraviamos.

Por todo esto, la fe, definida en la carta a los Hebreos como fundamento de lo que se espera y prueba de lo que no se ve, nos hace caminar de un modo nuevo por esta vida mortal y terrena. Nos hace caminar teniendo una esperanza segura, una meta cierta hacia la que encaminar nuestros pasos, convencidos de que al final veremos a Dios cara a cara, tal y como es, y, entonces, todo tendrá pleno sentido: penas y alegrías, salud y enfermedad, prosperidad y adversidad, luz y tinieblas.

Sin embargo, hay momentos en la vida en que razonar así no es tan evidente: cuando se pasa por la adversidad, cuando se leen y se estudian otros planteamientos; tras haber tenido un desengaño o padecido una situación difícil. Son momentos en que todo se desdibuja; es como si nos quitaran de debajo de los pies el terreno firme sobre el que normalmente pisamos. No es extraño que en circunstancias así lleguemos a pensar que si Dios existe, es tan bueno y nos quiere tanto que nos promete la vida eterna, ¿por qué no anticipa algo más de esa vida eterna para ésta presente, que resulta en ocasiones un valle de lágrimas excesivamente amargo?

Cuando nos asaltan estas dudas, enseguida pensamos que ya no tenemos fe. Porque, si tuviéramos verdadera fe, nunca dudaríamos. Y, sin embargo, habría que decir lo contrario: precisamente porque creemos, nos vienen dudas. Baste pensar que los que no creen; en la medida que su postura es también una postura creyente (dicen que creen que no existe nada), también a ellos, de cuando en cuando, les asalta la duda de que algo (o alguien) pueda existir. Tener una duda de fe no es, pues, lo mismo que no tener fe. El que duda en la fe, en realidad, está en una postura creyente, aunque su fe en alguna ocasión se tambalee. Y, puesto que la fe supone confianza en Alguien y en lo que ese Alguien nos dice, para afrontar las dudas de fe no hay mejor medicina que la de arriesgar por la fe. Es decir, vivir conforme a lo que se nos dice y comprobar en primera persona la firmeza, la autenticidad y la utilidad vital de las enseñanzas que hemos recibido.

No en vano, de la fe se habla como de una luz que brilla en lugar oscuro. Esa luz que brilla en la oscuridad nos permite movernos sin miedo a tropezar en el siguiente paso, pero no por ello deja de estar oscuro alrededor. Por lo general, seguimos sin ver el

fondo, la altura, la profundidad, los límites, los peligros que nos pueden estar acechando, y realmente nos gustaría verlos, pues nos quedaríamos más tranquilos. Querriamos que todo fuese luz y que no hubiera tinieblas; sin embargo, por el momento, no es así. La luz que se proyecta en las tinieblas alumbra lo que está por delante, posibilitando que demos pasos en nuestro caminar. Desde dentro sentimos la voz de Dios que nos invita a confiar y a caminar. Experimentar el miedo que producen las tinieblas no es síntoma de incredulidad, sino gajes del oficio creyente, porque nunca somos tan conscientes de la densidad de las tinieblas como cuando empieza a proyectarse sobre ellas un rayo de luz.

Termina el Catecismo invitándonos a fijarnos en los testigos de la fe. Nos recuerda, en primer lugar, el ejemplo de Abrahán, que creyó en Dios y en su promesa, esperando contra toda esperanza racional y humana. Luego se nos habla de la figura de la Virgen María, trayendo a colación una frase de la encíclica de Juan Pablo II, *Redemptoris mater*, que evoca a María como la que tuvo que hacer su propia peregrinación de la fe, pasando también ella por la noche de la fe. María en ningún momento dejó de creer, pero, como cualquiera de nosotros, experimentó lo que todos sentimos ante el abismo y las tinieblas. Ella lo debió percibir en varios momentos de su vida; fundamentalmente el Papa hace referencia al momento de la pasión y al momento en que se dio sepultura a su Hijo. En todos y cada uno de esos momentos tenebrosos, el corazón inmaculado de la Virgen María fue de Dios y para Dios, acercándose a la luz y huyendo de las tinieblas. El Catecismo, por tanto, nos invita a todos a tener los ojos fijos en Jesús, iniciador y consumidor de nuestra fe; y a fijarnos asimismo en esa maravillosa e inmensa nube de testigos que recorrieron con fortaleza el camino de la fe: camino de luz en medio de las tinieblas.

#### La profesión de la fe cristiana (CCE 185-197)

Se inicia esta sección del Catecismo con un pequeño prólogo de trece números, en los que se habla de los símbolos de la fe. Por símbolos de la fe se entiende un conjunto articulado de fórmulas breves y normativas, en las que se resume lo esencial de la fe de la Iglesia, para que sea enseñado en la catequesis y después confesado en la celebración bautismal. La palabra latina con la que, por lo general, comienzan los símbolos, ha dado lugar al nombre con que los conocemos: El Credo.

Cuando cualquier creyente dice yo creo, en realidad lo que está diciendo es que asiente y se adhiere a lo que se le enseña como fe de la Iglesia. Por tanto, los símbolos de la fe o credos sirven para que el catequista pueda transmitir fielmente lo que la Iglesia cree, y para que el catequizando tenga la plena seguridad de estar asintiendo a lo que de verdad la Iglesia enseña. Los símbolos de la fe o los credos tienen una evidente articulación trinitaria. Primero nos hablan de Dios Padre y Creador. En segundo lugar del Verbo de Dios que se hizo hombre para redimirnos del pecado. Y, por último, del Espíritu Santo que es quien nos santifica y lleva a su plenitud la obra de la salvación. En torno a cada una de las personas de la Santísima Trinidad se van enunciando las principales verdades de la fe cristiana. Son evidentemente distintas, pero todas deben ser creídas igualmente. Negar una, sería como negarlas todas, pues se articulan unas con otras de tal modo que ninguna puede ser aislada del resto.



En todas las épocas y momentos de la historia han ido apareciendo distintos símbolos de la fe. Cada uno responde a necesidades y circunstancias propias de la situación y del respectivo contexto histórico, por eso todos ellos son importantes y no deben despreciarse por el hecho de ser antiguos. Más bien conviene valorarlos y aprender de ellos, pues adecuadamente asimilados dan una mayor firmeza a la fe profesada el día del bautismo.

La última solemne profesión de fe se la debemos al Papa Pablo VI. Fue pronunciada ante la Basílica de san Pedro el 30 de junio de 1968, conmemorando los 1900 años del martirio de los santos apóstoles Pedro y Pablo. Dos son los símbolos que ocupan un lugar particular en la vida de la Iglesia. Se trata del Símbolo de los Apóstoles y del Símbolo Niceno-Constantinopolitano. El primero nos viene heredado de la iglesia de Roma y resume fielmente la fe de los Apóstoles; así lo atestigua el mismísimo san Ambrosio en uno de sus escritos:

«Es el símbolo que guarda la Iglesia romana, la que fue sede de Pedro, el primero de los Apóstoles, y a la cual él llevó la doctrina común» (San Ambrosio, Catequesis sobre el símbolo, 7).

El segundo símbolo es fruto de los dos primeros concilios ecuménicos: El concilio de Nicea (del año 325) y el concilio de Constantinopla (del año 381). En ambos se debatieron cuestiones de gran trascendencia sobre la persona de Jesucristo y sobre el misterio de la Santísima Trinidad, de ahí su importancia y valor. Además, es el símbolo en que aún hoy nos reconocemos tanto las iglesias de oriente como las de occidente. Es, pues, un instrumento valiosísimo para avanzar en el camino del ecumenismo. La Iglesia en su catequesis nos instruye en las verdades fundamentales de la fe contenidas en el Credo, para que las hagamos nuestras. La fe profesada y confesada nos abre las puertas para recibir el bautismo y los demás sacramentos de la Iniciación Cristiana. Y la Iglesia, como buena madre, no deja de alentarnos a profesar la fe de una forma cada vez más consciente y plena. No es para menos ya que, por la profesión de la fe se nos abren las puertas a la vida divina y se siembra en nosotros la semilla de la vida eterna.